

muertos por la justicia

Jaime Loring

Ha ocurrido muy lejos. Al otro lado del Atlántico, en la costa del Pacífico. Ha sido una conmoción internacional el ver los cadáveres de los seis jesuitas y de las dos mujeres tendidos en el jardín de la casa, boca abajo, algunos a medio vestir, porque los sacaron a las tres de la madrugada de sus camas para pegarles un tiro en la cabeza. Otros, tendidos en el suelo de la habitación. Se veía la cama, los libros de estudio, la mesa de trabajo. Eran profesores de la Universidad Centroamericana —la UCA suelen decir allá— de San Salvador.

Como suele ocurrir en la inmensa mayoría de los Centros Universitarios de la Compañía de Jesús, era un pequeño grupo responsabilizado de la Universidad. Uno era el Rector, otro el Vicerrector, los demás eran profesores. Compartían el mismo concepto de lo que es una Universidad, de lo que debe aportar una Universidad al cuerpo de la sociedad, y concretamente al cuerpo de una sociedad lacerada por unas injusticias estructurales que hieren la vista. De ese mismo concepto de Universidad que ellos tenían participaba un numeroso grupo de profesores y profesoras seglares, de personal de administración y de servicios.

La UCA es en San Salvador una máquina de producción intelectual, de análisis y de reflexión, de trabajo académico. En distintas áreas del conocimiento: la Filosofía, la Economía, la Ingeniería Civil, la Sociología, la Teología, las Matemáticas, el Derecho. En la UCA se publican cuatro o cinco revistas científicas: la de la propia Universidad "Estudios Centroamericanos"; además cada facultad tiene la suya. Tiene también una editorial que se llama "UCA Editores". Además publican quincenalmente dos hojas

de información: la "Carta a las Iglesias" y "Proceso". Cada quince días se distribuye por el país a través de estas hojas, y cada trimestre a través de la revista "Estudios Centroamericanos", una información absolutamente objetiva y analizada sobre lo que pasa en el país.

Los estudios sociológicos y económicos elaborados en la UCA son sin lugar a dudas las visiones más clarividentes que se hacen sobre el país. Los editoriales de la revista "Estudios Centroamericanos", que normalmente eran redactados por Ignacio Ellacuría y discutidos en el Consejo de Redacción, son sistemáticamente enviados por el embajador norteamericano a la Secretaría de Estado de Washington. Cualquier periodista o congresista norteamericano que iba al Salvador terminaba en el despacho del Rector de la UCA para obtener la información y la interpretación más objetiva de lo que estaba ocurriendo en el país.

A la UCA van a estudiar teología cantidad de monjas, y allí alimentan su espíritu y su inteligencia. Los despachos y los teléfonos de estos jesuitas de la UCA son un continuo cauce de comunicación con el mundo exterior. Tengo un pequeño folleto que me traje de San Salvador. Se titula: "Las funciones fundamentales de la Universidad y su operativización". Lo he abierto al azar, y copio este párrafo: "En un sentido global el destinatario orientador de la acción de la UCA es el pueblo salvadoreño y, más en particular, aquella parte mayor del pueblo salvadoreño que vive injustamente desposeída de sus derechos más fundamentales". Esta es la síntesis del pensamiento de los jesuitas de la UCA.

Jamás han estado mezclados en una acción violenta. No creían en la guerra, creían en la razón, en el derecho, en el análisis objetivo de los hechos. En sus publicaciones reproducían la realidad. Sin tener una coincidencia ideológica con los representantes de la guerrilla, comprendían que el Frente Farabundo Martí era una realidad objetiva con la que había que contar si se quería construir un país en la paz y en la convivencia. Comprendían que la sociedad salvadoreña no podía permanecer con una mayoría aplastante de ciudadanos en condiciones miserables, sin vivienda, desnutridos, sin asistencia sanitaria. Definitivamente se pusieron del lado de los pobres. Sus amigos estaban en Mejicanos, en Ciudad Delgado, en la Chancra. No tenían amigos en la colonia Escalón, en la de San Benito y en la de San Francisco. Los fines de semana salían a decir Misa a los barrios. He estado con ellos diciendo Misa en los refugios, en pueblos perdidos no sé donde, bajo un chambado. He podido ver mientras decía la Misa los ojos fijos de

niños, de mujeres, de campesinos, a quienes la lectura del evangelio les daba una esperanza de vivir.

Estos eran los jesuitas de la UCA. Y eso no lo podía aceptar la clase dominante salvadoreña. En las publicaciones de la UCA no se ha escrito nunca un insulto, ni una descalificación hacia nadie. Se ha dicho simplemente la verdad. No eran santos. Eran gente corriente. Les gustaba el fútbol, veían las películas de la televisión, discutían entre ellos. Los domingos por la noche, cuando volvían de decir Misa por rincones perdidos, les gustaba reunirse a beber una botella de whisky, con cacahuets y patatas fritas, y comentar lo sucedido en la semana. No eran santos, eran hombres de carne y hueso, con sus aficiones y sus caprichos como todo el mundo. Eran hombres que creían en la verdad, en la justicia y en la razón. Cuando alguno había publicado un libro o un artículo, se abría una botella para festejarlo.

El más conocido era, sin duda, *Ignacio Ellacuría*. Ellacu, como se le llamaba en casa, era sin lugar a dudas el cerebro dominante. *Santiago Martín Baró* era el hombre organizador, metódico. Se levantaba a las cuatro de la mañana; a las seis estaba en el despacho de Vicerrector. Era el alma de la organización académica de la Universidad. Doctor en Psicología por la Universidad de Chicago. Tengo un libro suyo: "Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica". *Segundo Montes* ha publicado muchas cosas: "Estudio sobre estratificación social en el Salvador", "El agro salvadoreño (1973-1980)", "El compadrazgo, una estructura del poder en el Salvador". *Juan Ramón Moreno*, profesor de Teología, era el manitas de la informática. Todos los que tenían problemas con los procesadores de textos le preguntaban a Moreno. Decían que el más torpe para la informática era Ellacu. *Amando López* fue Rector de la Universidad de Managua, y llevaba unos años de profesor de Teología en San Salvador. Hombre cordial, leal amigo, consejero de monjas y de curas, comprensivo y cariñoso con los pobres. Acogedor con los que veníamos del extranjero. *Joaquín López* era salvadoreño, una mosquita muerta, tímido y bondadoso. Se ocupaba en una escuela profesional de "Fe y Alegría". Así eran...

En una madrugada, la pura fuerza bruta terminó con todos ellos. Y como el sadismo no tiene límites también acabaron con la señora de la limpieza y con su hija. No han sido los únicos muertos absurdamente en el Salvador. Han muerto muchos otros que no tienen nombre. Los escuadrones de la muerte actúan sin piedad, impunemente, protegidos desde el poder político

y militar, que a su vez está protegido por el gobierno de Estados Unidos. En política se puede justificar todo, también el crimen.

Esta es una vieja historia. Tan vieja como el hombre, desde que Caín mató a Abel. Cuando se sirve a la verdad se torna uno incomodante. Además no se entiende bien del todo para qué hay que servir a la verdad. Resulta más pragmático y realista servir al interés. Cuando la vida de Jesús de Nazaret estaba en el filo de la navaja, se le ocurrió nada menos que aducir en su defensa que había venido a dar testimonio de la verdad, como si eso pudiera tener sentido. Al poder de Roma no era la verdad lo que le interesaba, era la dominación política en Palestina. Esto les había pasado a estos jesuitas del Salvador. Lo sabían. Hace ya unos años, debió de ser allá por 1982 o 1983, les ametrallaron la casa, les pusieron bombas en su domicilio. En aquella ocasión la pared de la habitación de Segundo Montes, que daba a la calle, fue destruida por la bomba a los pies de su cama. Si la ponen un metro más arriba lo aplastan. Esta segunda vez no ha escapado.

Sabían que tarde o temprano vendrían a por ellos. Nunca pensaron en cambiar su postura. Si los escuadrones mataban impunemente campesinos y obreros, ¿por qué ellos habrían de ser diferentes? Lo tenían asumido, sabían que se estaban jugando la vida. Hace unos años —ellos mismos me lo han contado— en San Salvador se vendían unas pegatinas para poner en los coches que decían: “Sea patriota, mate un jesuita”.

No han sido los primeros, tampoco serán los últimos. Por una sencilla razón: porque todo no se acaba con la muerte. Cuando se ha asumido como supremo valor en la vida la cruz de Jesús, cambia todo. Cambian los valores, cambian las ilusiones, cambian los objetivos, cambia la razón de existir. Para ellos la vida tenía una razón de ser, defender la verdad y la justicia, porque eso era lo que había hecho Jesús de Nazaret. En eso creían, para eso vivían. Amaban la vida, por eso la vivían apasionadamente. Pero cuando veían morir a las pobres gentes a su lado, estaban persuadidos de que, por encima de todo, su papel estaba al lado de los pobres.

Jaime Loring